

## CALENTANDO MOTORES

Por Álvaro Delgado-Gal

Atravesamos una época peligrosa. No todas las épocas peligrosas, sin embargo, son igualmente peligrosas. El peligro aumenta allí donde el cambio puede interrumpir formas de vida y de hacer política con las que, más o menos, todo el mundo venía contando. Dos ejemplos: no está garantizado que aguante el tinglado europeo, o que el Estado Benefactor, en vez de ajustarse o moderarse, no experimente una degradación de dimensiones importantes. En la hipótesis, no probable aunque tampoco imposible, de que ambas circunstancias se materializaran a la vez, no nos enfrentaríamos a la suma de dos novedades de envergadura, sino a un número indefinido de novedades, todas conectadas entre sí: los partidos entrarían en crisis, los votantes empezarían a preguntarse qué clase de democracia prefieren, nuestras cuitas territoriales adquirirían un sesgo inédito, y lo haría nuestra política exterior. Ingresaríamos en el caos, y como a la vida le enoja cesar en sus funciones de vida, ese caos sería, por fuerza, un caos fundante.

¿Qué significa lo último, exactamente? A poco que afinemos la mirada, advertimos que la expresión “caos fundante” es equívoca: “fundante”, un participio presente, atribuye la acción de “fundar” al caos, el cual es un agente histórico en términos solo metafóricos. El caos no funda nada. Solo fundan los hombres que pugnan por salir del caos. Cuando se habla, por tanto, de “caos fundante”, se está reconociendo implícitamente una impotencia y un desconcierto. Se está diciendo que no se sabe cómo ni quiénes harán lo que haya que hacer en llegado el momento de hacerlo. Esta actitud... nos gusta poco. Los trabajos que se agrupan bajo el epígrafe común de “España 2025” quieren contribuir a que el caos no se verifique, o, si por ventura se verifica, sea un caos dominable, un caos que nos afecte en términos que nosotros podamos fijar parcialmente. “2025”, por cierto, no intenta ser una precisión; quiere ser solo la invocación de un futuro que la mayor parte de nosotros vivirá físicamente, y que adoptará una forma u otra dependiendo de lo que hagamos

*ahora*. En consecuencia, y como comprobará el lector, todos los textos presentan un sesgo propositivo: Fernando Eguidazu se pronuncia sobre lo que urge hacer –o *no* hacer- en economía , Roberto Blanco insta a los partidos a modificar sus prácticas constitucionales, Gabriel Tortella y Clara Eugenia Núñez explican por qué la enseñanza funciona mal y cómo podría funcionar mejor, Emilio Lamo propugna una ubicación más flexible y eficaz de España en el concierto de las naciones, y Antonio Morales y Alfredo Pérez de Armiñán dedican muchas páginas a una labor de psicoanálisis colectivo: estudian qué falla en la autorepresentación de los españoles, y argumentan que varias de nuestras obsesiones, amén de paralizantes, no están justificadas por nuestro pasado objetivo. Reconocerlo, constituiría un principio de curación.

El concepto de “curación”, un concepto médico, se combina de modo natural con la tendencia, frecuente en los ensayos, a enfocar las cuestiones con perspectiva, de atrás hacia delante. Nada más tonto, en efecto, que suponer que los tratamientos terapéuticos se pueden aplicar a un paciente cuyos precedentes clínicos se ignoran. La anamnesis, o historia clínica, no es una distracción que el médico se permite por el afán de satisfacer una curiosidad ociosa. La historia clínica son los datos que necesita para saber con qué enfermedad ha de lidiar. Aquí se ha hecho lo mismo. Antes de preparar los emplastos, y de rellenar las recetas, se ha palpado, examinado, el organismo del paciente. Esto es trabajoso, y no se resuelve con cuatro lugares comunes. Lo señalo, porque no está de más que el lector conozca en qué circunstancias hemos trabajado.

Nos ha tocado hacerlo, literalmente, en un bisel del tiempo. El paisaje se alteraba a velocidad dramática en el curso de semanas. El primero en entregar su texto fue Fernando Eguidazu, el cual se centró, tras hacer un repaso detallado de variables diversas, en la conveniencia de crear un marco que permita a la economía crecer, sin prejuzgar a través de qué modelos productivos concretos. El asunto no estaría en fijarse objetivos, siempre arbitrarios, y, al final, siempre determinados por prioridades políticas, sino en establecer el contexto jurídico oportuno para que las empresas puedan generar riqueza, y los españoles, encontrar empleo: “Crear el marco adecuado para

que los emprendedores aprovechen las oportunidades significa, sencillamente, dotar al país de regulaciones simples, marco laboral flexible, impuestos razonables, energía barata, seguridad jurídica, instituciones sólidas, finanzas públicas saneadas, buen nivel educativo y buenas infraestructuras". Eguidazu estimaba esencial, por razones obvias, una reforma laboral. Aun no se habían celebrado las elecciones, y la reforma era un deseo, no, todavía, un hecho. Ahora ya tenemos reforma, en la línea que él auspiciaba, aunque sospecho que menos contundente de lo que le habría gustado. Se determinó, en equipo, no hacer elucubraciones sobre el euro. Es evidente que, si éste llegara a desaparecer, Eguidazu diría las cosas que ha dicho desplazando tonos, cambiando acentos. Pero no diría cosas distintas. En este sentido, el trabajo de Eguidazu aloja un interés que está por encima de muchas contingencias, incluidas algunas de envergadura gigantesca. Habría sido más cómodo para todos, en especial para él, desarrollar sus argumentos en un contexto estable. El nuestro, sin embargo, no ha sido un ejercicio académico. Hemos hecho lo que estimábamos oportuno dentro de los márgenes y con las servidumbres que el momento imponía.

El ensayo de Fernando Eguidazu es el que más expuesto está a los vaivenes de cada día. Pero los otros también lo están, quitando acaso el de Antonio Morales y Alfredo Pérez de Armiñán, donde predomina la aproximación histórica. Consideremos, por ejemplo, las reflexiones constitucionales de Roberto Blanco. Existen, en la actualidad, procesos territoriales de desenlace incierto. No sabemos en qué medida el control del gasto a que Madrid no tiene más remedio que someter a las autonomías será provisional o acabará por traducirse en una recuperación parcial de competencias por el Estado central; no es descartable que, en algún instante, se aplique el artículo 155 de la Constitución; y salta a la vista que parte de esto se hallará condicionado por la presión europea, y por consiguiente, por los vínculos que en el futuro nos aten al continente, vínculos cuya evolución también está por ver: no es excluible un Estado federal europeo, o tampoco, a la inversa, una interrupción del proceso unificador que experimentó su impulso más significativo al crearse el euro. Nada de esto es todavía discernible. Sí lo es que las autonomías padecen patologías varias, que los partidos se han convertido en ejércitos y los

secretarios generales o sus contrafiguras orgánicas en jefes de formaciones casi militares, que el régimen parlamentario ha degenerado en un régimen pseudopresidencialista, que los jueces responden en proporción preocupante a consignas partidarias, y, dado que los partidos penden de sus capitanes, están condicionados por las decisiones de éstos, negociadas al margen de las reglas constitucionales. Es un hecho que no se ha sabido qué aplicación dar al Senado, y, en consecuencia, que no se ha acertado con una expresión institucional adecuada de la organización territorial. Es un hecho, asimismo, que el Estatuto de Cataluña, y su metástasis en otras regiones, fue un disparate, que conviene reconducir de alguna manera. Todas éstas, son cosas conocidas, que estamos en situación de abordar, y que debemos abordar. Y Roberto Blanco las aborda. Su ensayo concluye en un tono serio, preocupado. El aficionado a la música de cuerda no percibe los acordes de un violín, sino, más bien, los de un contrabajo. Escribe: “Aunque es obvia la existencia de poderosísimas razones para acometer la reforma del Estado –la más importante que, de seguir como hasta ahora, será imposible mantener esa cohesión mínima sin la cual un Estado, antes o después, deja de existir-, lo cierto es que lo importante ha cedido el lugar ante lo urgente, que es hoy evitar la quiebra de nuestras administraciones públicas que con alta probabilidad se derivaría de mantener el sistema tal y como está. Pero esas urgencias no deberían, pese a todo, llevarnos a olvidar que el futuro pasa, en primer lugar y de un modo inaplazable, por hacer frente a “los riesgos de crisis que la apertura del sistema autonómico genera”, denunciados en su día por el Consejo de Estado, procediendo a lo que resulta elemental: por un lado, cerrar el Estado autonómico, estabilizando de una vez su sistema de distribución competencial, aunque no sin antes haber reordenado el reparto hoy existente con arreglo a las exigencias derivadas de la racionalidad de un Estado descentralizado, pero eficiente y cohesionado, y no de las nacidas de la obsesión identitaria y la voracidad nacionalista por crear pequeños estados dentro del Estado; por otro lado, a reformar el Estado de las autonomías mediante una mejora sustancial de la coordinación interadministrativa y la cooperación territorial de un Estado donde debe haber quién esté en condiciones de definir los intereses generales”. Y añade poco más adelante: “A nadie se le escapa que este programa urgente de reformas debería ser impulsado y llevado a cabo por los

mismos que, de un modo u otro, han venido beneficiándose del actual desaguado: hablo, claro está, de los partidos”.

Gabriel Tortella y Clara Eugenia Núñez, combinando de nuevo lo prospectivo con lo retrospectivo, se remontan a la fractura que la guerra civil provocó en el sistema universitario y lamentan que la democracia desaprovechara la ocasión de poner cimientos sólidos a la enseñanza superior. El exilio en masa, o la marginación, de docentes cualificados, descompuso trágicamente la estructura universitaria y rebajó los niveles. Las leyes socialistas, en vez de reconstituir la universidad, despotenciaron las carreras académicas, desincentivaron a los profesores, e indujeron prácticas endogámicas que existían ya pero que rebrotarían con virulencia inédita. ¿Es esto lamentable? Sí, pero no es el final del mundo. Los autores proponen dos medidas, esencialmente. Una, es acentuar la autonomía universitaria, en el sentido recto del término. En la práctica, la autonomía ha servido para que los cuadros profesoraes apliquen recursos provenientes del Estado, a la promoción de sus intereses gremiales. En sentido recto, la autonomía debería significar que las universidades desarrollen programas propios, y que su financiación sea proporcional a su rendimiento. En otras palabras, Tortella y Núñez abogan por la introducción en la universidad de un principio de competencia. Lo natural es que esto nos proporcione una oferta más plural y mejor. En segundo lugar, y esto no está reñido, sino que viene exigido por la anterior, es necesario que existan controles exteriores, independientes de la política y del *lobby* educativo. Los autores ponen como ejemplo el Banco de España, el cual desempeña un papel de este tipo en el mundo de las finanzas. Una consolidación del proyecto europeo abriría posibilidades nuevas. Ahora bien, pase lo que pase, hay que hacer ciertas cosas. Y en ellas se centra el ensayo sobre educación.

También a Emilio Lamo le ha caído en suerte moverse en un paisaje proteico y geogénico, como el que nos retrata la ciencia ficción cuando se remonta a las eras en que los volcanes esculpían la tierra a golpe de cataclismos. Jugando con la máxima “El futuro no es lo que era”, Emilio Lamo señala los dos grandes hechos que han cambiado el mundo: la globalización, y la emergencia masiva de Asia, que empezó siendo económica pero que está adquiriendo

rápidamente un carácter también político. Al tiempo se ha debilitado la hegemonía americana, y Europa, un continente que se está achicando en términos relativos, parece haber renunciado a una política exterior común. Francia, Alemania e Inglaterra no están interesadas en subordinar sus intereses nacionales a una estrategia continental, lo que deja a España, un país fuertemente dependiente del exterior, en la precisión de averiguar su itinerario en el mundo pensando desde cero. Un “cero” que conviene, por supuesto, entrecomillar. Seguimos, como desde los tiempos de Carlos V, expuestos en el norte de África; nuestra proyección principal continúa siendo europea; mantenemos relaciones históricas y únicas con América del sur, y no podemos soslayar, es obvio, a los Estados Unidos. Emilio Lamo hace un análisis severo de la política exterior de la era Zapatero y recomienda que España maneje sus bazas dentro de la Unión buscando alianzas tácticas con países de su tamaño: Italia o Polonia, o incluso Hungría. Recomienda que obstruyamos el ingreso en la Unión de Turquía, un país demasiado grande y demasiado problemático, y desgrana datos reveladores sobre el esfuerzo insuficiente que se está haciendo en el frente de las relaciones internacionales: el ministerio de Exteriores español dispone de un presupuesto, medido sobre el PIB, inferior al de Portugal, y existen más embajadas en Madrid, que embajadas españolas fuera de nuestras fronteras.

Emergen en su ensayo, aquí y allá, reflexiones sabrosas sobre uno de los factores que más debilita la proyección exterior de nuestro país: la desunión interna, no solo interpartidaria sino también moral. Recordando a Ortega y su afirmación de que la solución de España es Europa, señala que, mientras países como Francia intentan usar a Europa para hacerse a sí mismos, es fuerte la tentación española de usar a Europa para deshacerse en ella. Esta constatación nos remite al ensayo de Antonio Morales y Pérez de Armiñán. España no está segura de lo que quiere ser, o satisfecha con lo que su pasado le dice que es, y esto la desdibuja por dentro y, a la vez, por fuera. España caminaría con mayor aplomo si no convirtiera en una cuestión lacerante, interminable, su propia identidad como nación.

Sobre el ensayo de Antonio Morales y Pérez de Armiñán, ensayo muy extenso, y fértil en avenidas y sugerencias, tengo que suministrar algunas pistas adicionales, entre otras cosas, para que el lector se explique la estructura que ha concluido por adoptar “España 2025”. Existe un capítulo, titulado “Europa como telón de fondo”, que solo firma Morales Moya. El capítulo servía en una primera versión para dar entrada al resto del trabajo. Pero era muy largo, constituía una especie de unidad, y versaba sobre la crisis cultural y civilizatoria que atraviesa Europa. Así que se determinó desgajarlo del cuerpo al que iba adherido y colocarlo después del ensayo de Emilio Lamo.

El grueso del ensayo, lo que venía a continuación, es lo que puede leerse bajo el título “España, en busca nuevamente de proyecto”. La idea de que las naciones son un plebiscito diario, y que se mantienen al filo de los desafíos que ellas mismas se plantean, procede de Renan. El trabajo de Morales Moya y Pérez de Armiñán no obedece, sin embargo, a esta inspiración. Cabría resumir la situación diciendo que el problema de España no es su identidad, que ya la tiene, y desde larga data, sino los pensamientos sobre su identidad. Busquemos una analogía. A diferencia del tipo arrogante y emprendedor – *uppity*, dirían los anglos- que va enseñando la gaita conforme se abre paso por la vida, y que en buena medida se inventa a sí mismo, el sujeto-España se ha enojado con su biografía, y más que hacerse positivamente a sí mismo, se deshace, como acaba de decirse: se deshace, bien negando su identidad, bien substituyéndola por otras que nunca llegan a ser integrales y que tampoco responden a la realidad histórica. Lo revela el curso reciente de la historiografía y de la política. La tesis discutible de que todas las naciones son mitos, no ha tenido el efecto de destruir cualquier forma de conciencia nacional, sino que se ha dirigido preponderantemente contra la conciencia nacional *española*. Ha sido más empeñoso, durante los últimos cuarenta años, sustentar la idea de España, que las ideas nacionalistas, poco criticadas en general y promovidas en los territorios respectivos con el respaldo pleno de los medios, las administraciones autonómicas, y la universidad.

El ensayo recoge los vaivenes de los partidos desde el inicio de la democracia, los equívocos y vacilaciones del PSOE, y la respuesta borrosa de la derecha

nacional. Una porción muy considerable del texto mira hacia atrás y explora con detalle el curso seguido por la historiografía, tanto de signo nacionalista, como nacional-republicana, nacional-liberal, o conservadora. Y existe una parte propositiva. En el terreno moral, urge romper los clichés que retratan a España como un proyecto fallido, y aceptar el pasado, que no es perfecto ni mucho menos, pero que es mucho más que imperfecto a secas. En lo que toca a la política ejecutiva, se insta al PP y al PSOE a sellar un acuerdo de verdad sobre unos cuantos puntos básicos: “Las instituciones del Estado, junto con los dos grandes partidos, están siendo ahora sometidos a una prueba decisiva: la de ser capaces de dirigir y encauzar, mediante un liderazgo vigoroso y ejemplar, un proceso de cambio y reformas que debe ser sistemático, equitativo y transparente, y en el que se propongan sugestivos programas de actuación para mejorar nuestras instituciones y nuestra universidad. No se trata de apelar retóricamente, como tantas veces se hace, a la “gran nación” que es España, se trata de conseguir que lo siga siendo, y en lo posible, que lo sea más y mejor. Para ello, insistimos, es preciso el consenso del centro derecha y del centro izquierda españoles, lo que exige al actual gobierno y a la mayoría parlamentaria del Partido Popular proponer un plan completo de reformas a la oposición socialista, y a ésta aceptar entrar en el debate, ambos con ánimo de llegar a acuerdos”. Lo último implicaría, obviamente, desplazar a los partidos nacionalistas de la posición decisiva de que han disfrutado, y que obedece, no a su peso objetivo, sino a la situación de empate y mutua neutralización en que se han colocado los dos grandes partidos por causa de su enfrentamiento constante. La España que busca nuevamente un proyecto, no sería, en fin, un país que tiene que ponerse a pensar sobre lo que va a ser. Los autores propugnan más bien un país que debe aspirar a ser más de lo que es a partir de lo que no puede dejar de ser, o, mejor, de haber sido. El pasado solo puede rehacerse en el mundo virtual de Orwell. Antes empleé el calificativo “psicoanalítico” para referirme a este trabajo. No me desdigo. Según el freudismo ortodoxo, hay que ayudar al histérico a conocerse a sí mismo, para curarlo de su histeria. Este procedimiento, de cuño socrático, es el que necesitaría España, y este procedimiento exige que se conozca una verdad no distorsionada por las pasiones del presente.



En un panfleto publicado en vísperas de la Revolución –*Ideas sobre los medios de actuación de que podrán disponer los representantes de Francia en 1789*–, Sieyès escribió esta frase: “No es lícito fundar la moral... sobre la base de la experiencia”. Sieyès, el futuro muñidor del 18 Brumario, cambiaría radicalmente con los años. Pero en 1789 confiaba en la regeneración instantánea, portentosa, de Francia, a través de una revolución. Estas impacencias, estos éxtasis milagreros, suelen ser fruto, o del misticismo revolucionario, o de un descontento radical del sujeto consigo mismo, ya se trate de un individuo, ya de una nación. En cualquier caso, el sentimiento subyacente delata inmadurez. El sujeto-España es un país desarrollado, democrático, cuya política falible y a ratos insuficiente está sometido a controles democráticos directos –el voto- e indirectos –los jueces, la división de poderes, la propia opinión-. España, también, es un país cuyo PIB per cápita ha crecido mucho desde finales de los cincuenta. En promedio, nos encontramos con más de medio siglo de éxito, primero económico, y, con la llegada de la democracia, también institucional. No está mal, aunque muchas cosas no estén bien. No hay que darle una alegría al cuerpo: hay que darle un reconstituyente, en momentos de confusión nacional e internacional. En estos ensayos se proponen terapias, no transfiguraciones. Eguidazu se remonta a las rigideces sindicales que se inveteraron durante el franquismo y que han provocado injusticias intolerables en el mercado de trabajo: sobremanera, tasas enormes de paro entre los jóvenes. No es cuestión de que salte la santa bárbara de la economía española para suprimir esta calamidad. Es más inteligente meter el bisturí donde está llaga, explicando cosas que se pueden comprender y que todos los partidos responsables deberían apoyar. Tortella y Clara Eugenia Núñez no postulan una universidad ideal, sino una universidad posible y mejor. Roberto Blanco Valdés no dice que haya que colocar un intendente en cada región para imponer por la fuerza las directrices que emanen el gobierno de Madrid; expone lo que no funciona en la descentralización española y por qué no funciona. Emilio Lamo no invoca las glorias pasadas del imperio español, ni pide que nos convirtamos en una provincia europea, última versión de las desesperaciones españoles que Eça de Queiroz, a cuento de las portuguesas, retrató tan bien cuando, en *Los Maia*, unos cuantos connacionales, después de haberse achispado en un festín, levantan sus copas y exclaman: “¡Que nos invada España!”. No, Emilio

Lamo no dice esto. Emilio Lamo piensa que tenemos la oportunidad de defendernos en el concierto internacional, y proporciona algunas pistas. Y Antonio Morales y Alfredo Pérez de Armiñán demuestran que las imágenes colectivas que nos atormentan son un reflejo en un espejo cóncavo. La deformación la pone el espejo, no el cuerpo reflejado. Hay cosas que hacer. El tiempo está para hacerlas, no para perderlo.

Hasta ahora, me he expresado colegiadamente, esto es, he dicho lo que todos, y yo también, pensamos de consuno. Me permitiré, a continuación, introducir una nota más personal. Por razones de edad –nací en el 53-, las cosas me alcanzaron, por así decirlo, a mitad de camino. Cuando Franco murió, estaba en el último curso de la carrera –Físicas, una ocupación poco ideológica- y no había tenido tiempo de entrar en política, no digo ya como profesional –nunca me ha tentado esa vía- sino como espectador próximo, comprometido. En esta falta inicial de compromiso, creo que empato con la mayoría de los españoles. Franco no fue derribado sino que se murió, y la democracia no fue una conquista popular, sino el desenlace casi inevitable de una serie de circunstancias. En primer lugar, la desaparición de la estructura política franquista, que era una estructura colgante: pendía del dictador, que no es lo mismo que estar asentada en el suelo. En segundo lugar, el prestigio de la democracia, el cual obligaba, a los no demócratas, a hablar en susurros y no vociferando, como en los años treinta. Tercero, la consolidación de amplias clases medias, renuentes a la vez la revolución, y a su remedio, que es la dictadura –o al revés-; y, finalmente, Europa, que todo el mundo anhelaba y en la que no era posible entrar sin homologarse con las formas políticas en ella imperantes. Todo esto convirtió el movimiento hacia la democracia en un desplazamiento tectónico irresistible. Es mucho más veraz hablar de este clima de opinión y del contexto histórico objetivo como determinantes para el ingreso en la democracia, que de un ansia de lucha y sacrificio por la libertad que yo, personalmente, no llegué a observar, y que estimo una fantasía retrospectiva generadora de monstruos también retrospectivos, como el intento, durante la era Zapatero, de revisar, en clave revanchista y pseudorrevolucionaria, la Transición. La Transición la hicieron unos pocos. En esencia, los herederos de Franco, y una izquierda que prefirió el realismo, a echarse al monte. Tenemos

la desgraciadísima excepción de ETA, y su inmerecido y ambiguo ascendiente, durante unos años, en ciertos sectores de la izquierda. En resumen: unos pocos hicieron labor de fontanería, los más no abrigaban dudas sobre cuál era el destino al que había que dirigirse, y salió una democracia que ha ido funcionando, más o menos, hasta la fecha.

Ahora estamos en el lío en que estamos, un lío europeo y nacional. La crisis europea nos asusta por dos razones. La primera, es el cataclismo que un desenlace adverso supondría en sí mismo, sin tener en cuenta otros factores. La segunda, la conciencia difusa, y en gran medida justificada, de que nuestra democracia ha entrado en rendimientos marginales descendentes, y, en algunos casos, negativos. Nos da la sensación de que perder Europa sería fatal porque no nos inspiramos confianza y nos aterra caminar sin su tutela. En cierto modo, vivimos una situación análoga a la de los amenes del franquismo, aunque con la polaridad invertida. Entonces, Europa se nos antojaba el espacio en que no teníamos más remedio que rebosar en vista de que seguíamos creciendo social y demográficamente y ya no cabíamos en el formato vetusto del franquismo. Ahora, no queremos que Europa nos suelte porque el suelo se mueve debajo de nuestros pies y nos flojean las piernas. Europa vuelve a parecernos, orteguianamente, la solución. Pero es la solución del que está casado con una mujer de posibles y no se atreve a ganarse la vida por su cuenta, no la solución del que está enamorado de una mujer cuya mano solicita. Además, ¿es cierto, fuera de toda metáfora, que Europa es la solución?

Resultaría frívolo contestar a esta pregunta, sin preguntarse antes en qué y por qué hemos flojeado. El que lea los ensayos que siguen obtendrá un cuadro expositivo hartamente completo. La Constitución se ha desarrollado mal y los partidos presentan señales de deterioro serio; la productividad, la deuda, y el mercado laboral no han evolucionado como las circunstancias lo exigían; la educación no ha vencido las inercias que padecía durante el franquismo. He de decir que este último fenómeno, un fenómeno que por razones que no vienen al caso, me resulta bastante familiar, suscita en mí una perplejidad especial, puesto que sus causas van más allá de lo político y nos remiten a lo cultural. El único gran

país de Occidente que no ha logrado producir ciencia durante los últimos cuatro siglos, sigue sin producir ciencia, por mucho que se haya mejorado aquí y allá –aunque poco con relación a países que tampoco tenían un pasado científico y que han sido pobres hasta hace unos decenios: por ejemplo, Japón-. Recomiendo al lector que recorra las páginas autobiográficas en que Ramón y Cajal relata sus cuitas académicas. Experimentará el sentimiento de los *déjà vu*, con el agravante de que lo *déjà vu* no es una España remota, glosada en los libros de Historia. Es la España contemporánea.

Estos problemas son *nuestros* problemas, y Europa no puede, ni tiene por qué, resolverlos. Hasta ahora, hemos cogido de Europa, en gran medida, la parte fácil, sobremanera, una moneda que nos permitía aumentar el consumo y, de añadidura, nos proporcionaba créditos bajos a los que no estábamos acostumbrados y que no hemos sabido usar con mesura. Es cierto, a la vez, que España ha adquirido dimensiones mayores, en muchos sentidos. Es un país con más especialistas, con mejores carreteras, donde un porcentaje apreciable de los jóvenes con menos de treinta años, sabe inglés. Es un país, sin duda alguna, mucho más desarrollado, en lo bueno y yo me atrevería a añadir que en lo malo. En todo caso, mucho más desarrollado. España puede dar el salto adelante, y debe intentarlo dentro de Europa. Pero, sobre todo, tiene que intentarlo, con independencia de qué vaya a pasar al norte de los Pirineos -como Antonio Morales advierte en el último párrafo de “Europea como telón de fondo”, no se puede excluir, a estas alturas, una apocatástasis: una regresión de Europa al mosaico original-. Tenemos que salir adelante con modestia y sin complejos. Y exorcizar los malos espíritus. Los que existen de veras y, no menos, los que nosotros mismos nos hemos inventado.